

BESSIE HEAD

Traducción de Eva Cruz Yáñez

Bessie Head (1937-1986). Nació en Pietermaritzburg, Sudáfrica. Trabajó como periodista en el *Golden City Post*. Emigró de Sudáfrica en 1964 y vivió en el exilio en el pueblo de Serowe en Botswana, el cual retrata en *Serowe: Village of the Rain Wind* (1981). Su escritura refleja las facetas contrastantes de su propia experiencia, hija de una madre blanca y un padre negro, discriminada por blancos, negros y de color. Sus tres novelas, todas relacionadas con la experiencia del exilio son: *When Rain Clouds Gather* (1969), *Maru* (1971) y *A Question of Power* (1974), aclamada como uno de los primeros recuentos de la interioridad de la experiencia de una mujer negra. *The Collector of Treasures and Other Botswana Village Tales* (1977) es una secuencia de cuentos interconectados. Su muerte prematura en 1986 ocurrió cuando su fama se estaba extendiendo y se estaba reconociendo su importancia. Dejó una autobiografía inacabada, numerosos *sketches* y algunos cuentos. *Tales of Tenderness and Power* (1989), cuentos y *sketches* reunidos, *A Woman Alone* (1990), que reúne algunos de sus escritos autobiográficos y *A Gesture of Belonging* (1991), una colección de sus cartas, se publicaron póstumamente.

La prisión central estatal de largo plazo, en el sur del estado, se encontraba a un día entero de viaje de los pueblos de la parte norte del país. Habían dejado el pueblo de Puleng alrededor de las nueve de esa mañana y durante todo el día el camión de policía había zumbado mientras corría hacia el sur sobre el ancho y polvoriento camino a través del campo. El mundo cotidiano de campos arados, ganado que pastaba y vastas extensiones de arbustos y árboles parecía indiferente a los ojos hambrientos de la prisionera que los contemplaba a través de la malla de alambre que rechinaba al fondo del camión. En algún punto durante el viaje, la prisionera pareció descubrir una fuente última de dolor y soledad dentro de su ser y, abrumada por ella, lentamente se derrumbó hacia adelante en un bulto exhausto, olvidada de todo menos de su dolor. Pasó la puesta del sol, luego el crepúsculo, luego la oscuridad y el camión seguía zumbando, impersonal, indiferente.

Al principio, débilmente en el horizonte, el resplandor naranja de las luces de la ciudad en el nuevo poblado independiente de Gaborone aparecía como un fantasma sorprendente en la abrumadora oscuridad de los chaparrales, hasta que el camión llegó a los caminos enchapopotados, las luces neón,

tiendas y cines, e hizo de los chaparrales un fantasma en medio de un resplandor de luz. Todo esto pasó sin tomar el tiempo, sin que la prisionera encogida lo observara; no se movió cuando el camión finalmente se detuvo con un zumbido afuera de las puertas de la prisión. La luz de la lámpara de mano le dio en un lado de la cara como un golpe doloroso. Pensando que estaba dormida, el policía gritó enérgicamente:

—Tienes que despertar ahora. Hemos llegado.

Luchó con la cerradura en la oscuridad y abrió la rejilla de un jalón. Ella gateó penosamente hacia adelante, en silencio.

Juntos treparon unos escalones y esperaron mientras el hombre tocaba ligeramente, varias veces, en la pesada puerta de hierro de la prisión. El guardia del turno de la noche abrió la puerta apenas una rendija, se asomó y luego la abrió más para dejarlos pasar. En silencio y de modo casual se dirigió a una pequeña oficina, miró a su colega y le preguntó:

—¿Qué tenemos aquí?

—Es el caso del marido asesinado del pueblo de Puleng —contestó el otro, alargando un archivo.

El guardia tomó el archivo y se sentó en una mesa donde estaba abierto un gran libro de registros. Con letra grande y firme registró los detalles: Dikeledi Mokopi. Cargos: homicidio. Sentencia: cadena perpetua. Una custodia de noche apareció y se llevó a la prisionera a un cubículo lateral, donde le pidió que se desvistiera.

—¿Traes algo de dinero? —preguntó la custodia, dándole un vestido sencillo de algodón verde, que era el uniforme de la prisión. La prisionera sacudió la cabeza en silencio.

—Así que mataste a tu marido, ¿no es así? —comentó la custodia con un chispazo de humor—. Vas a estar en buena compañía. Tenemos cuatro mujeres aquí por el mismo delito. Se ha puesto de moda en estos días. Ven conmigo. Y le enseñó el camino por un corredor, dio vuelta a la izquierda y se detuvo frente a una puerta de hierro que abrió con una

llave, esperó a que la prisionera entrara delante de ella y luego la volvió a cerrar con llave. Entraron a un pequeño patio de paredes inmensamente altas. De un lado estaban los retretes, las regaderas y una alacena. Del otro, un cuadrángulo de concreto vacío. La custodia caminó hacia la alacena, la abrió y sacó un grueso rollo de mantas oliendo a limpio que le dio a la prisionera. En el extremo inferior del patio había una puerta pesada de hierro que daba a la celda. La custodia caminó hasta esa puerta, la golpeó ruidosamente y gritó:

—Oigan, ¿podrán las mujeres ahí dentro encender una vela?

Una voz gritó desde adentro:

—Bueno.

Y pudieron oír el raspar de un cerillo. La custodia volvió a insertar una llave, abrió la puerta y se quedó observando un rato mientras la prisionera extendía sus mantas en el suelo. Las cuatro prisioneras confinadas en la celda se sentaron y miraron en silencio a su nueva compañera. Mientras la puerta se cerraba, todas la saludaron calmadamente y una de ellas preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De Puleng —respondió la recién llegada.

Aparentemente satisfechas con eso, apagaron la vela y se acostaron para continuar con su sueño interrumpido. Y como si hubiera llegado al final de su destino, la nueva prisionera también cayó en un profundo sueño tan pronto se cubrió con las mantas.

El gong del desayuno sonó a las seis la mañana siguiente. Las mujeres se despertaron para hacer su rutina diaria. Se levantaron, sacudieron sus mantas y las enrollaron en bultos bien hechos. La custodia de día hizo sonar la llave en la cerradura y las dejó salir al pequeño patio de concreto para que pudieran realizar su limpieza mañanera. Luego, con un gran ruido de cubetas y platos, dos prisioneros (hombres)

aparecieron en la puerta con el desayuno. Los hombres le dieron a cada mujer un plato de avena y una taza de té negro y las mujeres se acomodaron en el piso de concreto a comer. Voltearon y miraron a su nueva compañera y una de las mujeres, la vocera del grupo, dijo amablemente:

—Debes tener cuidado. El té no tiene azúcar. Lo que generalmente hacemos es sacar el azúcar de la avena y ponerla en el té.

La mujer, Dikeledi, alzó la vista y sonrió. Había experimentado tal terror durante el tiempo de espera del juicio que parecía más un esqueleto que un ser humano. La piel crujió tensamente sobre sus mejillas. La otra mujer sonrió, pero a su manera. Su rostro expresaba permanentemente un humor cínico, caprichoso. Su figura era llena, regordeta. Se presentó a sí misma y a sus compañeras.

—Mi nombre es Kebonye. Luego, ésa es Otsetswe, Galeboe y Monwana. ¿Cuál será tu nombre?

—Dikeledi Mokopi.

—¿Cómo es que tienes un nombre tan trágico? —observó Kebonye—. ¿Por qué tus padres tenían que llamarte *lágrimas*?

—Mi padre falleció en ese tiempo y me llamo así por las lágrimas de mi madre —dijo Dikeledi y luego agregó—: Ella falleció seis años después y fui criada por mi tío.

Kebonye sacudió la cabeza compasivamente, llevándose lentamente una cucharada de avena a la boca. Cuando se tragó la avena, preguntó:

—¿Y cuál podría ser tu delito?

—Maté a mi marido.

—Todas estamos aquí por el mismo crimen —dijo Kebonye, luego con su sonrisa cínica preguntó—: ¿Sientes alguna pena por ese crimen?

—No realmente —contestó la otra mujer.

—¿Cómo lo mataste?

—Le corté todas sus partes especiales con un cuchillo —dijo Dikeledi.

—Yo lo hice con una navaja de afeitar —dijo Kebonye.

Suspiró y añadió:

—He tenido una vida agitada.

Siguió un breve silencio mientras se ocupaban de su comida y luego Kebonye continuó meditativamente:

—Nuestros hombres no piensan que necesitamos ternura y cuidado. ¿Sabes?, mi esposo acostumbraba patearme entre las piernas cuando quería eso. Una vez tuve un aborto, por culpa de su trato. Me podía dar cuenta de que no había modo de apelar a él si me sentía mal, así que una vez le dije que si quería tuviera alguna otra mujer porque yo no lograba satisfacer sus necesidades. Bueno, él era funcionario de educación y cada año acostumbraba suspender como a diecisiete maestros por embarazar a las estudiantes, pero el hacía lo mismo. La última vez que sucedió, los padres de la chica se enojaron mucho y vinieron conmigo a informarme del asunto. Yo les dije: “Déjenmelo a mí. He visto suficiente”. Así que lo maté.

Sentadas en silencio terminaron su comida, luego se llevaron los platos y las tazas a enjuagarlos en el cuarto de lavado. La custodia sacó unas cubetas y una escoba. Había que limpiar el dormitorio con chorros de agua; no había ninguna mancha de suciedad en ningún lado, pero ésa era la rutina de la prisión. Todo lo que faltaba era una inspección del director de la prisión. Aquí otra vez Kebonye se volvió a la recién llegada y le advirtió:

—Tienes que tener cuidado cuando el jefe venga a inspeccionar. Está loco por una sola cosa: ¡atención! ¡Párense derechas! ¡Manos a los lados! Si no se hace esto deberías ver cómo se para y dice maldiciones. No le importa nada más que eso. Está loco por eso.

Terminada la inspección, llevaron a las mujeres a través de varias puertas hasta un patio abierto y soleado, que tenía

una cerca alta de alambre de púas, donde realizaban sus tareas cotidianas. La prisión era un centro de rehabilitación donde los prisioneros producían artículos que se vendían en la tienda de la prisión; las mujeres producían prendas de tela o lana; los hombres se dedicaban a la carpintería, a hacer zapatos, ladrillos y a la producción de vegetales.

Dikeledi tenía varias habilidades: podía tejer, coser y tejer cestos. Ahora todas las mujeres estaban ocupadas tejiendo prendas de lana; algunas era aprendices y hacían el trabajo lento y concienzudamente. Observaron a Dikeledi con interés mientras tomaba una bola de estambre y un par de agujas y rápidamente hacía unas puntadas. Tenía unas manos suaves, acariciantes, casi sin huesos, manos de extraño poder: trabajos con un hermoso diseño salían de esas manos. A media mañana había completado el delantero de un suéter, y todas se detuvieron a admirar el dibujo que había inventado en su cabeza.

—Eres una persona talentosa —observó Kebonye, con admiración.

—Todas mis amigas dicen eso —replicó Dikeledi con una sonrisa—. ¿Sabes?, soy una mujer cuyos techos de paja nunca tienen goteras. Siempre que mis amigas querían techar sus chozas, allí estaba yo. Nunca lo hacían sin mí. Siempre estaba ocupada y empleada porque con estas manos alimenté y crié a mis hijos. Mi esposo me dejó después de cuatro años de matrimonio pero yo me las arreglé bastante bien para alimentar esas bocas. Si la gente no me pagaba mi trabajo con dinero, me pagaban con regalos de comida.

—No está tan mal aquí —dijo Kebonye—. De la venta de nuestro trabajo nos ahorran un poco de dinero, y si trabajas así todavía puedes tener más dinero para tus hijos. ¿Cuántos hijos tienes?

—Tengo tres hijos.

—¿Están en buenas manos?

—Sí.

—Me gusta el almuerzo —dijo Kebonye, cambiando extrañamente de conversación—. Es la mejor comida del día. Nos dan potaje de maíz, carne y verduras.

Así pasó el día bastante agradablemente con la charla y el trabajo y, al ponerse el sol, llevaron a las mujeres de regreso a su celda para encerrarlas con llave. Desenrollaron sus mantas y prepararon sus camas y con la vela encendida siguieron platicando un rato más. Justo cuando ya se iban a acostar, Dikeledi se volvió a su amiga recién encontrada, Kebonye:

—Gracias por toda tu amabilidad —dijo suavemente.

—Tenemos que ayudarnos unas a otras —respondió Kebonye con su sonrisa divertida y cínica—. Éste es un mundo terrible. Sólo hay dolor aquí.

Así, la mujer Dikeledi empezó la tercera fase de una vida que había sido gris en su soledad e infelicidad. Y sin embargo, siempre había encontrado oro entre la ceniza, amores profundos que habían unido su corazón con los corazones de otros. Sonrió con ternura a Kebonye porque ya sabía que había encontrado otro amor así. Ella era la coleccionista de esos tesoros.

En realidad sólo había dos clases de hombres en la sociedad. Una clase creaba tanto dolor y caos que podía ser condenada en general como mala. Si uno se fijaba en los perros del pueblo que perseguían una perra en celo, generalmente se movían en jaurías de cuatro o cinco. A medida que el apareamiento progresaba, uno de los perros intentaba dominar las festividades y ahuyentaba a los otros de la vulva de la perra. El resto de los infelices perros se quedaban parados a su alrededor ladrando y lanzando mordiscos a la cara mientras el perro dominante se complacía en un continuo arrebatos de orgasmos, día y noche hasta quedar exhausto. Sin duda,

durante esa hazaña herculeana, el perro se imaginaba que era el único pene del mundo y tenía que haber una rebatiña por él. Esa clase de hombre vivía cerca del nivel animal y se comportaba como tal. Como los perros y los toros y los burros, él tampoco aceptaba la responsabilidad por los críos que procreaba y, como los perros y los toros y los burros, también hacía abortar a las hembras. Puesto que esa clase de hombre era la mayoría en la sociedad, ameritaba un poco de análisis pues era responsable de la destrucción total de la vida familiar. Se le podía analizar en tres periodos de tiempo. En los viejos tiempos, antes de la invasión colonial de África, era un hombre que vivía según las tradiciones y tabúes establecidos para toda la gente por los antepasados de la tribu. Tenía poca libertad individual para valorar si esas tradiciones eran compasivas o no —éstas exigían que se plegara y obedeciera las reglas, sin pensar—. Pero cuando las leyes de los ancestros se examinan parecen en general haber sido disciplinas vastas y externas para el bien de la sociedad en su conjunto, con poca atención puesta en las preferencias y necesidades individuales. Los ancestros cometieron muchos errores y una de las cosas que más amargura causa fue que ubicaron a los hombres en una posición superior dentro de la tribu, mientras las mujeres fueron consideradas, en un sentido congénito, como una forma inferior de la vida humana. A la fecha, las mujeres todavía sufren por todas las calamidades que recaen sobre una forma inferior de la vida humana. La época colonial y el periodo de migración a las minas en Sudáfrica fueron una desgracia más ocurrida a este hombre. Rompió con el control de los ancestros. Rompió la forma antigua y tradicional de la vida familiar y durante largos periodos el hombre fue separado de su mujer y sus hijos mientras trabajaba, para comer, en otra tierra con el fin de juntar dinero y pagar su impuesto colonial británico. El colonialismo británico escasamente enriqueció su vida. Después se convirtió

en el sirviente del hombre blanco y una herramienta de las minas sudafricanas. La independencia africana pareció una desgracia más sobre las tribulaciones que habrían de azotar la vida de este hombre. La independencia cambió repentina y dramáticamente el patrón de la subordinación colonial. Hubo más trabajos disponibles bajo el programa de localización del nuevo gobierno y los salarios se dispararon al cielo al mismo tiempo. Ofreció la primera oportunidad de una vida familiar de un nuevo orden, por encima de la disciplina infantil de la costumbre, la degradación del colonialismo. Los hombres y las mujeres, con el fin de sobrevivir, tuvieron que voltear hacia dentro a sus propios recursos. Fue el hombre que llegó a este momento crucial, una ruina sin ningún recurso interior en lo absoluto. Era como si fuera horrible para sí mismo y en un esfuerzo por huir de su propio vacío interior, se alejó de sí en una vertiginosa especie de danza de la muerte de salvaje destrucción y disipación.

Un hombre así era Garesego Mokopi, el marido de Dikeledi. Durante cuatro años antes de la independencia, había trabajado como empleado en el servicio de administración distrital, con un salario fijo de 50 rands al mes. Poco después de la independencia, su salario se disparó a 200 rands al mes. Aun durante sus días flacos había tendido a ser mujeriego y a beber; ahora tenía los recursos para una verdadera parranda. No se le volvió a ver en casa y vivía y dormía por el pueblo, de mujer en mujer. Dejó a su esposa y a sus tres hijos, Banabothe, el mayor de cuatro años; Inalame, de tres, y el menor, Motso-mi de un año, abandonados a sus propios recursos. Quizá lo hizo porque ella era del tipo semi-analfabeta tradicional, y lo rodeaba una cantidad de nuevas mujeres excitantes. La independencia en efecto produjo maravillas.

Había otro tipo de hombre en la sociedad con el poder de crearse nuevamente. Dirigía todos sus recursos, tanto emocionales como materiales, a su vida familiar y avanzaba

a su propio ritmo tranquilo, como un río. Era un poema de ternura.

Un hombre así era Paul Thebolo y él y su esposa, Kena-lepe, y sus tres hijos llegaron a vivir al pueblo de Puleng en 1966, el año de la independencia. A Paul Thebolo le habían ofrecido la dirección de una escuela primaria en el pueblo. Se les había asignado un terreno vacío al lado del patio de Dikeledi Mokopi, para su nuevo hogar.

Los vecinos son el centro del universo para cada uno. Se ayudan unos a otros todo el tiempo y mutuamente se prestan cosas. Al principio, sólo el hombre aparecía con algunos trabajadores para erigir una barda, que fue colocada con increíble velocidad y eficiencia. El hombre la impresionó de inmediato cuando ella se acercó para presentarse y averiguar algo sobre los recién llegados. Era alto, de huesos grandes, de lento movimiento. Era una persona tan apacible que la luz del sol y la sombra hacían todo tipo de trucos con sus ojos, dificultando determinar su color exacto: Cuando se quedaba quieto y pensativo, a la luz del sol le gustaba adentrarse en sus ojos y anidar ahí; así que a veces sus ojos eran del color de la sombra, y otras, café claro.

Se volvió y le sonrió amistosamente cuando ella se presentó y le explicó que él y su esposa habían sido transferidos del pueblo de Bobonong. Su esposa y sus hijos estaban viviendo con unos parientes en el pueblo hasta que se preparara el patio. Tenía prisa por instalarse puesto que el periodo escolar empezaría en un mes. Iban, dijo, a levantar dos chozas de lodo primero y luego pensaba levantar una casa pequeña de ladrillo. Su esposa vendría en unos cuantos días con algunas mujeres para levantar los muros de lodo de las chozas.

—Me gustaría ofrecer mi ayuda también—dijo Dikeledi—. Si el trabajo empieza siempre temprano en la mañana y somos unas seis, podemos levantar los dos muros en una semana. Si quiere que una de las chozas tenga techo de paja, todas mis

amigas saben que soy una mujer cuyo techo de paja nunca gotea.

El hombre contestó sonriente que le transmitiría esta información a su esposa, luego agregó graciosamente que pensaba que le caería bien su esposa cuando se conocieran. Su esposa era una persona muy amigable; a todos les caía bien.

Dikeledi regresó a su patio con el corazón en alto. Recibía pocas visitas. Ninguno de sus parientes la visitaba por temor de que, como su marido la había abandonado, ella se volviera dependiente de ellos en muchas cosas. Las personas que la visitaban hacían negocios con ella; querían que les hiciera vestidos para sus hijas o tejiera suéteres para el invierno y a veces cuando no tenía ningún pedido, hacía canastas para venderlas. De estas maneras se mantenían ella y sus tres hijos pero se sentía sola sin verdaderos amigos.

Todo resultó como el marido dijo: tenía una esposa encantadora. Era bastante alta y delgada y tenía una actitud alegre y vivaz. No hacía ningún esfuerzo para esconder que normalmente, y todos los días, era una persona muy feliz. Y todo resultó como Dikeledi había dicho. La cuadrilla de seis mujeres levantó los muros de lodo de las chozas en una semana; dos semanas después, el techo estaba completo. La familia Thebolo se mudó a su nuevo hogar y Dikeledi Moko-pi entró a uno de los periodos más prósperos y felices de su vida. Su vida entró en una gran curva ascendente. Su relación con la familia Thebolo era algo más que los acostumbrados intercambios amigables entre vecinos. Era rica y creativa.

No pasó mucho tiempo antes de que las dos mujeres tuvieran en marcha una de esas amistades profundas, afectuosas, que compartían todo y que sólo las mujeres saben cómo tener. Parecía que Kenalepe quería cantidades infinitas de vestidos para ella y sus tres hijas pequeñas. Puesto que Dikeledi no aceptaba dinero por estos servicios —protestaba por los muchos beneficios que recibía de sus buenos vecinos— Paul Thebolo

acordó que le pagaría con artículos domésticos por esos servicios, de modo que por algunos años Dikeledi tuvo aseguradas sus necesidades domésticas: el costal lleno de maíz, azúcar, té, leche en polvo y aceite de cocina. Kenalepe era también el tipo de mujer que hacía girar el mundo entero a su alrededor; su cautivadora personalidad atraía toda una serie de mujeres a su patio y también a toda una serie de clientes para su amiga que hacía vestidos, Dikeledi. Con el tiempo, Dikeledi se vio inundada de trabajo y se vio obligada a comprar una segunda máquina de coser y emplear una ayudante. Las dos mujeres hacían todo juntas: siempre estaban juntas en las bodas, funerales o fiestas del pueblo. En sus horas de ocio discutían libremente entre ellas todos sus asuntos íntimos, así que cada una conocía a fondo los detalles de la vida de la otra.

—Eres afortunada —dijo Dikeledi un día, con añoranza—. No todo el mundo tiene el don de un marido como Paul.

—Ah, sí —dijo feliz Kenalepe—. Es una persona honesta.

Ella sabía un poco de la lista de agravios de Dikeledi y le preguntó:

—¿Por qué te casaste con un hombre como Garesego? Lo observé con cuidado cuando me lo señalaste cerca de la tienda el otro día y pude darme cuenta de un vistazo que es una mariposa.

—Creo que lo que más quería era salir del patio de mi tío —repuso Dikeledi—. Nunca me cayó bien mi tío. Rico como era, era un hombre duro y muy egoísta. Yo sólo era una sirvienta y me mandaban. Llegué ahí a los seis años cuando murió mi madre, y no era una vida feliz. Todos sus hijos me despreciaban porque yo era su sirvienta. Mi tío pagó mi educación por seis años, luego dijo que tenía que dejar la escuela. Yo quería más porque, como sabes, la educación le abre a uno el mundo. Garesego era amigo de mi tío y el único hombre que me pidió. Lo discutieron entre ellos y luego mi tío dijo: “Lo mejor es que te cases con Garesego porque nada más

andas por ahí colgando como una cadena en mi cuello.” Yo estuve de acuerdo, sólo por alejarme de ese hombre terrible. En ese tiempo Garesego dijo que prefería estar casado con alguien como yo que con una mujer educada porque esas mujeres eran necias y querían dictar las reglas para los hombres. En verdad, nunca protesté cuando empezó a andar por ahí. Tú sabes lo que hacen otras mujeres. Persiguen al hombre de una choza a otra y golpean a las amigas. El hombre sólo corre a otra choza, eso es todo. Una nunca gana en verdad. Yo no iba a hacer nada como eso. Estoy satisfecha con tener hijos. Son una bendición para mí.

—Ah, no es suficiente —dijo su amiga, sacudiendo la cabeza con compasión—. Estoy asombrada de cómo la vida imparte sus dones. Algunas personas reciben demasiado. Otras no reciben nada. Yo siempre he tenido suerte en la vida. Un día mis padres nos visitarán —viven en el sur— y verás todo el escándalo que arman por mí. Paul es exactamente igual. Se ocupa de todo para que yo no tenga un día de preocupación...

El hombre, Paul, atraía una serie de gente tan amplia como su esposa. Tenían invitados todas las noches; hombres analfabetas que querían que les llenara los formatos de impuestos o les escribiera cartas, o sus propios colegas que querían debatir los asuntos políticos del día —siempre sucedía algo nuevo todos los días ahora que el país tenía independencia—. Las dos mujeres se sentaban a la orilla de estos debates y escuchaban fascinadas, pero nunca participaban. Al día siguiente repasaban los debates con expresiones juiciosas y serias.

—La mente de los hombres viaja amplia y audazmente, —comentaba Kenalepe—. Me da escalofríos la manera en que critican libremente a nuestro nuevo gobierno. ¿Oíste lo que Petros dijo anoche? Dijo que conocía a todos esos desgraciados y que todos eran una bola de chuecos que inventaban muchas cochinas... ¡Ay, dios! Me estremecí tanto cuando dijo

eso. La manera en que hablan del gobierno te hace sentir en los huesos que no es seguro estar en este mundo, no como en los viejos tiempos cuando no teníamos ningún gobierno. Y Lentswe dijo que diez por ciento de la población en Inglaterra en realidad controla toda la riqueza del país, mientras el resto vive a nivel de hambre. Y dijo que el comunismo arreglaría todo esto. Del modo en que discutían este asunto deduje que nuestro gobierno no está a favor del comunismo. Me estremecí tanto cuando esto me quedó claro...

Hizo una pausa y se rió orgullosamente.

—He oído a Paul decir esto varias veces: “Los británicos sólo nos gobernaron ochenta años.” Me pregunto tanto por qué a Paul le gusta decir eso.

Y así se abrió un mundo completamente nuevo para Dikeledi. Era tan imposiblemente rico y feliz que, a medida que pasaban los días, se metía más profundamente en él y pasaba por alto lo estéril de su propia vida. Pero se quedaba por ahí como un dolor insistente en la mente de su amiga, Kenalepe.

—Deberías encontrarte a otro hombre —la urgió un día que habían tenido una de sus discusiones personales—. No es bueno para una mujer vivir sola.

—¿Y quién podría ser? —se preguntaba Dikeledi, desilusionada—. Sólo traería problemas a mi vida mientras que ahora todo está en orden. Tengo a mi hijo mayor en la escuela y me las arreglo para pagar la colegiatura. Eso es lo único que me importa.

—Quiero decir —dijo Kenalepe— también estamos aquí para hacer el amor y disfrutarlo.

—Ah, nunca me interesó realmente —contestó la otra—. Cuando experimentas lo peor de eso, se te quitan totalmente las ganas...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Kenalepe abriendo los ojos.

—Quiero decir que era sólo montar y desmontar. Le tomé repugnancia y me preguntaba qué caso tenía.

—¡Quieres decir que Garesego era así! —dijo Kenalepe, pasmada—. Eso es como un gallo brincando de gallina en gallina. Me pregunto qué hace con todas esas mujeres. Estoy segura que ellas sólo buscan su dinero y por eso lo halagan...

Hizo una pausa y luego añadió seriamente:

—Esa es una razón de más para que te busques otro hombre. ¡Ah, si supieras cómo es en realidad, lo anhelarías, te lo aseguro! A veces siento que disfruto demasiado ese aspecto de la vida. Paul sabe mucho de todo eso. Y siempre tiene un truco nuevo con qué sorprenderme. Tiene una cierta manera de sonreír cuando se le ha ocurrido algo nuevo y yo tiemblo un poco y me digo: “Ha, ¿qué es lo que Paul va a hacer esta noche?”

Kenalepe hizo una pausa y le sonrió a su amiga, socarronamente.

—Te puedo prestar a Paul si quieres —dijo, luego alzó una mano para detener la protesta que había en el rostro de su amiga—. Lo haría porque nunca antes en mi vida he tenido una amiga como tú en quien puedo confiar tanto. Paul tuvo otras mujeres, sabes, antes de casarse conmigo, así que no es una cosa tan poco común para él. Además, hacíamos el amor mucho antes de casarnos y nunca quedé embarazada. Él se ocupa de ese aspecto también. No me importaría prestarlo porque estoy esperando otro hijo y no me siento tan bien estos días...

Dikeledi miró el piso fijamente durante un largo momento, luego levantó la cara y miró a su amiga con lágrimas en los ojos.

—No puedo aceptar un regalo así de ti —dijo, profundamente conmovida—. Pero si estás enferma puedo lavar y cocinar para ti.

Sin desanimarse por la negativa de su amiga a aceptar la generosa oferta, Kenalepe mencionó la discusión a su marido esa misma noche. Estaba tan desprevenido por lo inesperado del tema que al principio se vio ligeramente asombrado, y estalló en una carcajada fuerte y tan larga que parecía incapaz de detenerse.

—¿Por qué te estás riendo así? —preguntó Kenalepe, sorprendida.

Se rió otro poco, luego de repente se puso muy serio y pensativo y se perdió en sus pensamientos durante un rato. Cuando ella le preguntó en qué estaba pensando, él sólo contestó:

—No quiero decirte todo. Quiero guardar algunos secretos para mí solo.

Al día siguiente Kenalepe le contó esto a su amiga.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Quiero guardar algunos secretos para mí solo?

—Creo —dijo Dikeledi sonriendo—, creo que tiene la idea de que es un buen hombre. También, cuando alguien ama a otro demasiado, le duele decirle eso. Prefieren guardar silencio.

Poco después de esto Kenalepe tuvo un aborto y tuvo que ser internada en el hospital para una operación menor. Dikeledi mantuvo su promesa de 'lavar y cocinar' para su amiga. Se ocupaba de los dos hogares, daba de comer a los niños y tenía todo en orden. También, la gente se quejaba de lo mal que estaba la dieta del hospital y todos los días recorría el pueblo en busca de huevos y pollo, los cocinaba y se los llevaba a Kenalepe, todos los días, a la hora de la comida.

Una tarde Dikeledi se topó con un obstáculo inesperado en su rutina. Acababa de servir la cena a los niños Thebolo cuando una clienta llegó con una solicitud urgente para hacer una compostura en un vestido de novia. La boda se celebraría al día siguiente. Dejó a los niños sentados alrededor del fuego

comiendo y regresó a su propia casa. Una hora después, con sus propios hijos dormidos y tranquilos, pensó que iría a revisar el patio de los Thebolo para ver si todo estaba bien ahí. Entró a la choza de los niños y vio que se habían ido a la cama y estaban bien dormidos. Los platos de su cena estaban regados y sin lavar alrededor del fuego. La choza que compartían Paul y Kenalepe estaba a oscuras. Eso significaba que Paul todavía no regresaba de su acostumbrada visita vespertina a su esposa. Dikeledi recogió los platos y los lavó, luego vació el agua sucia de los platos en las brasas todavía ardientes del fuego de afuera. Apiló los platos y los llevó a la tercera choza adicional que se usaba como cocina. Justo entonces Paul Thebolo entró al patio, notó la lámpara y el movimiento en la cocina y se dirigió a ella. Se detuvo en la puerta abierta.

—¿Qué estás haciendo ahora, Mma-Banabothe? —preguntó dirigiéndose a ella cariñosamente con el nombre de su hijo mayor, Banabothe, según la costumbre.

—Sé muy bien lo que estoy haciendo —replicó Dikeledi con alegría. Se dio vuelta para decir que no era bueno dejar platos sucios durante la noche pero su boca se abrió con sorpresa. En sus ojos había dos suaves estanques de una luz fresca y líquida, y algo infinitamente dulce sucedió entre ellos; era demasiado bello para ser amor.

—Eres una buena mujer, Mma-Banabothe —dijo suavemente.

Era la verdad y el regalo fue ofrecido como una pepita de oro. Sólo los hombres como Thebolo podían ofrecer esos regalos. Ella lo tomó y guardó otro tesoro en su corazón. Dobló la rodilla en la tradicional reverencia y se fue silenciosamente a su propia casa.

Pasaron ocho años para Dikeledi a un ritmo tranquilo de trabajo y amistad con los Thebolo. La crisis llegó con el hijo

mayor, Banabothé. Tenía que tomar el examen de salida de la primaria al final del año. Este importante evento lo hizo comportarse bastante bien, pues como a todos los niños le gustaba mucho jugar. Trajo sus libros a casa y le dijo a su madre que le gustaría estudiar por las tardes. Le gustaría pasar con una calificación de A para complacerla. Con el rostro sonrojado y orgulloso, Dikeledi le mencionó esto a su amiga, Kenalepe.

—Banabothé está estudiando todas las noches ahora —dijo.

—En realidad nunca le importaron mucho los estudios. Estoy tan complacida con esto que le compré una lámpara y lo cambié de la choza de los niños a la mía donde todo estará tranquilo. Ahora los dos nos quedamos despiertos hasta tarde. Yo coso botones y dobladillos y él estudia...

También abrió una cuenta de ahorros en la oficina de correos con el fin de tener un dinero guardado para pagar las colegiaturas de su educación secundaria. Eran bastante altas: 85 rands. Pero a pesar de ahorrar todos los centavos, al final del año le faltaban 20 rands para cubrir la colegiatura. A la mitad de las vacaciones de Navidad se anunciaron los resultados. Banabothé pasó con calificación de A. Su madre estaba casi histérica de la alegría por su logro. Pero, ¿qué hacer? Los dos niños más pequeños habían empezado ya la primaria y ella nunca lograría cubrir todas sus colegiaturas con sus recursos. Decidió recordarle a Garesego Mokopi que era el padre de los niños. No lo había visto en ocho años excepto paseando en el pueblo. A veces la saludaba con la mano pero nunca le había hablado o inquirido sobre su vida y la de sus hijos. No importaba. Ella era una forma inferior de vida humana. Luego esta cosa desagradable se apareció en su oficina un día, justo cuando él iba a salir a comer. Ella sabía por los chismes del pueblo que finalmente se había asentado con una mujer casada que tenía una prole de hijos propios. Él había

expulsado a su marido, en una típica exaltación pueblerina de pleitos, maldiciones e insultos. Muy probablemente al marido no le importó porque siempre había brazos abiertos para un hombre, mientras pareciera un hombre. La atracción de esta mujer en particular para Garesego Mokopi, así decían sus anteriores amantes con risa disimulada, era que a ella le gustaban las formas violentas de hacer el amor como morder y rasguñar.

Garesego Mokopi salió de su oficina y miró con irritación a este fantasma de su pasado, su esposa. Obviamente quería hablar con él y se dirigió hacia ella, mirando su reloj todo el tiempo. Como todos los nuevos 'hombres de éxito', le había crecido la panza, tenía los ojos enrojecidos, el rostro hinchado y traía el tenue olor de la cerveza y el sexo de la noche anterior. Indicó con la mirada que debían trasladarse al fondo del bloque de oficinas donde podían hablar en privado.

—Tienes que apurarte con lo que sea que tengas que decir —dijo él, impaciente—. La hora de la comida es muy corta y tengo que regresar a la oficina a las dos.

A él no le podía hablar del orgullo que sentía por el logro de Banabothe, así que dijo sencilla y tranquilamente:

—Garesego, te ruego me ayudes a pagar las colegiaturas de secundaria de Banabothe. Pasó con calificación de A y como sabes, las colegiaturas deben presentarse el primer día de escuela o lo rechazarán. Yo he luchado por ahorrar dinero todo el año pero me faltan 20 rands.

Le tendió su libreta de ahorros, la cual tomó, miró y se la regresó. Luego se rió, con una sonrisa afectada y sabelotodo, y pensó que le estaba dando un golpe en la cara.

—¿Por qué no le pides dinero a Paul Thebolo? —preguntó—. Todos saben que él mantiene dos casas y tú eres la de reserva. Todos saben de ese costal de maíz que entrega en tu casa cada seis meses, así que ¿por qué no puede pagar también las colegiaturas?

Ella no negó esto ni lo confirmó. El golpe se desvió de su cara que levantó un poco con orgullo. Luego se alejó.

Como era su costumbre, las dos mujeres se reunieron esa tarde y Dikeledi le contó esta conversación con su marido a Kenalepe, que echó la cabeza para atrás con coraje y le dijo fieramente:

—¡Cerdo asqueroso! Él piensa que todos los hombres son como él, ¿no? Le voy a contar este asunto a Paul, entonces ya verá.

Y ciertamente Garesego vio algo, pero algo que conocía muy bien. Él era una prostituta en lo más hondo de su ser y, como todas las prostitutas, disfrutaba la publicidad y la sensación —avanzaban su causa—. Se rió genial y expansivamente cuando un Paul Thebolo locamente enfurecido llegó a la puerta de la casa donde vivía con su concubina. Garesego había pasado por muchos de estos dramas durante esos ocho años y casi sabía de memoria el diálogo que seguiría.

—¡Desgraciado! —escupió Paul Thebolo—. Tu esposa no es mi concubina, ¿oyes?

—Entonces, ¿por qué le estás manteniendo la comida? —dijo Garesego arrastrando las palabras—. Los hombres sólo hacen eso con las mujeres a las que cogen. Nunca lo hacen por nada.

Paul Thebolo descansó una mano en la pared, medio mareado por la furia, y dijo con tensión:

—Tú corrompes la vida, Garesego Mokopi. No hay nada más en tu mundo que corrupción. Mma-Banabotho hace ropa para mi esposa y mis hijos y nunca va a aceptar dinero de mí, así que ¿de qué otro modo debo pagarle?

—Eso sólo comprueba la historia de las dos maneras —dijo el otro con vileza—. Las mujeres hacen eso por los hombres que las cogen.

Paul Thebolo disparó la otra mano, le pegó con fuerza en un ojo burlón y se alejó. ¿Quién puede ocultar un ojo

hinchado y lívido? A cada pregunta sorprendida, Garesego replicaba con aire ofendido:

—Me lo hizo el amante de mi mujer, Paul Thebolo.

Ciertamente atrajo la atención de todo el pueblo sobre él, que era lo que realmente quería. Esa clase de gente eran el último peldaño del gobierno. Secretamente ansiaban ser el Presidente con todos los ojos puestos sobre él. Cultivó la sensación un poco más. Anunció que pagaría la colegiatura del hijo de su concubina, que también iba a entrar a la secundaria, pero no la de su propio hijo, Banabothe. A la gente medio le gustó la mancha sobre Paul Thebolo; era demasiado bueno para ser verdad. Se deleitaban en hacer de él parte de la suciedad general del pueblo, así que se volvieron hacia Garesego y lo regañaron: “Tu esposa puede estar recibiendo cosas de Paul Thebolo, pero está más allá de la bolsa de cualquier hombre pagar las colegiaturas de sus propios hijos así como las colegiaturas de los hijos de otro hombre. Banabothe no estaría allí si no lo hubieras procreado, Garesego, así que es tu deber cuidar de él. Además, es culpa tuya si tu mujer toma otro hombre. Tú la dejaste sola todos estos años.”

Así que vivieron con esa historia durante dos semanas, principalmente porque la gente quería decir que Paul Thebolo era parte de la vida también y tan incierto de su moral como ellos. Pero la historia tuvo un giro inesperado que hizo temblar de horror a todos los hombres. Pasaron semanas antes de que pudieran encontrar el valor para irse a la cama con una mujer; preferían hacer otra cosa.

Los obscenos procesos de pensamiento de Garesego fueron su propia destrucción. Realmente creía que otro hombre tenía una estaca en su gallinero y, como cualquier gallo, se le erizaba el pelo por eso. Pensó que entraría y restablecería su derecho y así, después de dos semanas, una vez que la hinchazón de su cara hubo desaparecido, espío a Banabothe en el

pueblo y le pidió que le llevara una nota a su mamá. Le dijo que tenía que traer una respuesta. La nota decía: “Querida madre, voy a regresar a casa para que arreglemos nuestras diferencias. Prepara una comida para mí y agua caliente para tomar un baño. Gare.”

Dikeledi tomó la nota, la leyó y tembló de rabia. Todas sus insinuaciones le quedaban claras. Él regresaba a casa para tener sexo. No habían tenido diferencias. Ni siquiera habían hablado uno con otro.

—Banabothe —dijo—, vete a jugar por ahí cerca. Quiero pensar un poco, luego te enviaré con tu padre con la respuesta.

Sus procesos de pensamiento no eran muy claros para ella. Había algo que no podía tocar inmediatamente. Su vida se había vuelto santa para ella durante todos esos años que había luchado para mantenerse ella y los niños. Había llenado su vida con tesoros de bondad y amor que había reunido de otros y era todo esto lo que quería proteger de corrupción por un hombre malvado. Su primer pensamiento lleno de pánico fue reunir a sus hijos y huir del pueblo. Pero, ¿a dónde ir? Garesego no quería un divorcio, ella lo había dejado que se acercara a tratar el asunto, había desistido de tomar otro hombre. Le daba vuelta a sus pensamientos y no podía encontrar otra salida que enfrentarlo. Si ella respondía: “no te atrevas a poner un pie en este patio, no quiero verte”, él no le haría caso. Las mujeres negras no tenían esa clase de poder. Su rostro adoptó una apariencia pensativa y cavilosa. Al fin, en paz consigo misma, se metió a su choza y escribió una respuesta: “Señor, prepararé todo como lo ha pedido. Dikeledi.”

Era cerca del mediodía cuando Banabothe corrió con la respuesta a su padre. Toda la tarde Dikeledi se ocupó haciendo los preparativos para la aparición de su marido al ponerse el sol. En un momento, Kenalepe se acercó al patio y miró a su

alrededor con asombro por los grandes preparativos, la gran olla de fierro llena de agua sobre el fuego, más ollas de cocinar sobre el fuego. Sólo después Kenalepe tomó conciencia del cuchillo. Pero era sólo una vaga mancha, un cuchillo grande de cocina que se usaba para cortar carne y Dikeledi se hincó junto a la piedra de moler y lo afiló lenta y metódicamente. De lo que sí era consciente era de la expresión final y trágica en el rostro levantado de su amiga. Eso la confundió y bloqueó la charla femenina libre y fácil que acostumbraban. Cuando Dikeledi dijo: “Estoy haciendo algunos preparativos para Garesego. Regresa a casa esta noche”, Kenalepe se retiró apresurada a su casa, aterrada. Ellos sabían que estaban involucrados porque cuando le mencionó esto a Paul, éste estuvo distraído e inquieto el resto del día. La pasó haciendo cosas al revés, no contestando las preguntas, dejando abstraído una taza de té hasta que se enfriara, y de vez en cuando se levantaba y caminaba, perdido en sus pensamientos. Era tan honda su sensación de perturbación que hacia el atardecer ya no hacía intentos por hablar. Sólo se sentaron en silencio en su choza. Luego, como a las nueve de la noche, oyeron esos gritos salvajes y atormentados. Los dos salieron corriendo hacia el patio de Dikeledi Mokopi.

Llegó a la casa al ponerse el sol y encontró todo listo como lo había pedido, y se dispuso a disfrutar de la vida de un hombre. Había traído cervezas y se sentó al aire libre saboreándolas lentamente mientras a cada rato recorría con la mirada el patio de Thebolo. Sólo la mujer y los niños se movían por el patio. El hombre no estaba a la vista. Garesego sonrió para sí mismo, contento de poder cacarear tan fuerte como quisiera sin que le respondiera un desafío.

Una palangana de agua caliente fue puesta ante él para lavarse las manos y luego Dikeledi le sirvió su comida. Por

separado también le sirvió a los niños y les pidió que se lavaran las manos y se prepararan para la cama. Se dio cuenta de que Garesego no mostraba ningún interés en lo absoluto por los niños. Estaba totalmente envuelto en sí mismo y sólo pensaba en él y en su comodidad. Cualquier ternura que le ofreciera a los niños podía haberla quebrado y haber desviado su mente del acto que había planeado toda esa tarde. Ella también estaba por debajo de su interés y atención porque cuando finalmente trajo su propio plato de comida y se sentó junto a él, ni siquiera una vez le dirigió la mirada. Tomaba su cerveza y le echaba un vistazo de vez en cuando al patio de Thebolo. Ni una sola vez apareció el hombre del patio hasta que se volvió demasiado oscuro para distinguir cualquier cosa. Estaba completamente satisfecho con eso. Podía repetir la actuación todos los días hasta quebrar el temple del otro gallo una vez más y forzarlo a recurrir enojado a los insultos. Le gustaba ese tipo de cosas.

—Garesego, ¿crees que me podrías ayudar con las colegiaturas de Banabothe? —preguntó Dikeledi en algún momento.

—Ah, lo voy a pensar —contestó con indiferencia.

Ella se levantó y llevó cubetas de agua a la choza, las cuales vació en una gran tina de aluminio para que él se bañara, luego, mientras tomaba el baño, se ocupó de arreglar y completar las tareas de la casa. Hecho esto entró a la choza de los niños. Habían jugado sin parar en el día y ya se habían dormido exhaustos. Se hincó en el suelo cerca de sus esteras y los miró fijamente durante un largo rato, con una expresión de extrema ternura. Luego apagó la lámpara y caminó hacia su propia choza. Garesego yacía despatarrado sobre la cama de una manera que indicaba que sólo pensaba en sí mismo y no tenía la intención de compartir la cama con nadie más. Saciado con comida y bebida, había caído en un sueño profundo y pesado al momento que su cabeza tocó la

almohada. Sin duda, su concubina le había enseñado que la manera correcta de irse a la cama era desnudo. Así yacía, sin guardia ni defensa, desparramado de espaldas en la cama.

La tina hizo un fuerte ruido cuando Dikeledi la sacó del cuarto, pero él siguió durmiendo, perdido para el mundo. Volvió a entrar a la choza y cerró la puerta. Luego se agachó y alcanzó el cuchillo bajo la cama que había escondido con un trapo. Con la precisión y la habilidad de sus manos trabajadoras, se apoderó de sus genitales y los cortó de un tajo. Al hacerlo, cortó la arteria principal que corría dentro de su ingle. Un chorro masivo de sangre brotó en un arco a través de la cama. Y Garesego bramó. Bramó su angustia. Luego todo quedó silencioso. Ella se enderezó y observó su angustia de muerte con una mirada atenta y cavilosa, sin perder un solo detalle. Un toque en la puerta la hizo salir de su contemplación. Era el niño, Banabothe. Ella abrió la puerta y lo miró sin hablar. Él temblaba con violencia.

—Madre —dijo en un susurro aterrado—. ¿No oí a mi padre gritar?

—Lo he matado —dijo ella moviendo la mano en el aire con un gesto que decía: bueno, eso es todo.

Luego agregó con asperidad:

—Banabothe, ve y llama a la policía.

Él se volvió y huyó hacia la noche. Un segundo par de pisadas siguieron sus talones. Era Kenalepe que volvía a su propio patio, medio loca de miedo. Desde la oscuridad Paul Thebolo caminó hacia la choza y entró. Absorbió cada detalle y luego volteó y miró a Dikeledi con una expresión tan torturada que por un tiempo le fallaron las palabras. Al fin dijo:

—No tienes que preocuparte por los niños, Mma Banabothe. Los tomaré como propios y les daré a todos una educación secundaria.